



Intervención del presidente del Parlamento de Galicia, como delegado regio, en la Ofrenda Nacional al Apóstol Santiago

Catedral de Santiago, 25 de julio de 2016

Apóstol Santiago, Patrón de España y de Galicia:

Acudo ante tu sepulcro y altar cumpliendo el encargo de S. M. El Rey Felipe VI, como portador de la Ofrenda Nacional de España instituida por Felipe IV en 1643.

En un momento de enormes tensiones sociales, intelectuales y políticas, el Camino de Santiago sigue siendo un fuerte estímulo y una apasionada aventura cultural, una tradición viva, memoria histórica de una Europa que se sigue construyendo día a día, pese a puntuales altibajos.

El Camino de la peregrinación a Santiago, una red viaria vertebradora de Europa, como ya la definió Goethe y reconoció la UNESCO, mantiene intacta su capacidad inspiradora para este viejo continente, esta Europa a veces huérfana y, a la vez, necesitada de referentes aglutinadores.

El fenómeno de las peregrinaciones, cuyo origen se remonta a muchos años atrás, cobra renovada vigencia en la sociedad europea actual. Nunca los Caminos Jacobeos se habían visto tan frecuentados como en los últimos 25 años. Personas de todas las edades y nacionalidades llegan a Compostela por razones espirituales y culturales. Mujeres y hombres llegados de todos los puntos del planeta, tratando de encontrarse a sí mismos, cumpliendo promesas y penitencias, buscando respuestas a los problemas del mundo que les ha tocado vivir, acercándose a ti, Apóstol Santiago, buscando la luz, el camino y la verdadera vida.

Estoy aquí en mi condición de presidente del Parlamento de Galicia, pero vengo a invocarte también como una persona más de los

cientos de miles que cada año llegan a esta Catedral y se arrodillan ante tu sepulcro.

Me embarga, en este momento, un sentimiento similar al del protagonista del Romance de Don Gaiferos, musicado y cantado por un antepasado mío.

*E a onde ides, meu romeiro?
Onde queredes chegar?
Camiño de Compostela,
onde teño o meu fogar*

Me acerco a rogarte, Patrón de Galicia, desde la fe cristiana que recibí de mis mayores, como un gallego, hijo y nieto de mujeres y hombres que siempre han estado al lado del galleguismo, entendido este como la defensa del conocimiento de nuestra cultura en todas sus manifestaciones, la lengua, la literatura, la música, la pintura y las tradiciones.

Llego aquí, Señor Santiago, orgulloso de mi tierra y de sus gentes, para suplicarte que nos guíes con tu luz y nos enseñes el camino de la convivencia y la paz, de la cordura y el entendimiento, en este momento de convulsión mundial, de enfrentamientos y guerras, de odios, de abusos a personas mayores, mujeres y niños, blancos fáciles en una sociedad en la que en reiteradas ocasiones sigue imperando la ley del más fuerte.

Traigo en este día, señor Santiago, una ofrenda simbólica en la que, lejos de pretender eludir responsabilidades, quiero comenzar reconociendo los errores cometidos y pidiendo disculpas por ellos.

Sirva, por tanto, esta invocación para renovar lo mejor de nuestras tradiciones y compartir contigo, señor Santiago, preocupaciones, anhelos y esperanzas, pero plenamente consciente de que es a la sociedad y a los responsables públicos a quienes nos corresponde afrontar los problemas cotidianos.



Quienes tenemos responsabilidades políticas en Galicia, en España y en Europa, debemos seguir prestando atención, con más intensidad si cabe, a las personas y sus necesidades; estar más presentes en la calle para ponernos en el lugar de los que viven marginados. También así haríamos frente al euroescepticismo que tanto nos ocupa y preocupa. Porque una Europa más social será más Europa y más querida por todos.

Estamos en el Año Jubilar de la Misericordia, un Año Santo en el que el Papa Francisco invita a anteponer la misericordia al juicio, un año de perdón y reconciliación.

Hoy, al celebrar tu festividad, te invocamos de nuevo, Patrón de España y de Galicia, compartiendo en voz alta esperanzas y preocupaciones.

Recordamos a quienes padecen injusticias, persecución y tiranías limitadoras de los derechos humanos, como sucede con tantas víctimas de culturas y regímenes políticos inadecuados, incapaces de asumir, con inteligencia y realismo, los mejores logros del progreso de la humanidad.

Ante tu Altar alzamos nuestra voz frente a las situaciones crudelísimas del terrorismo y de las guerras, la mayoría libradas entre hermanos, que afectan a tantos pueblos y lugares, produciendo daños, muertes, desolación y forzadas migraciones expatriadoras cuyos efectos repercuten inexorablemente en muchas partes del mundo, como nos recuerda constantemente el Papa Francisco, cuyo liderazgo moral traspasa creencias y fronteras, y para quien imploramos tu protección y auxilio.

En nuestro país merecen especial atención las personas mayores, que nos dieron la vida y construyeron para nosotros un futuro mejor que su presente; las mujeres maltratadas víctimas del miedo y del silencio; los que han perdido su trabajo y su vivienda castigados por una situación económica devastadora; los jóvenes que dedican años de

esfuerzo a una formación que no siempre se traduce en una inserción laboral acorde con sus expectativas; y los emigrantes, especialmente los de edad avanzada o los que residen en países con mayores dificultades que las nuestras.

A ti, Apóstol Santiago, quiero encomendarte a todos los enfermos, para que podamos seguir atendiendo sus necesidades, dudas y peticiones, pues es en el momento en el que la enfermedad se acerca a nuestra vida, cuando más indefensos y vulnerables nos sentimos. Quiero efectuar, en este punto, una mención especial a los enfermos mentales y a sus familias, que siguen siendo, en ocasiones, damnificados de la incompreensión; y también a las personas que padecen algún tipo de discapacidad. Para todos, pedimos un rayo de luz y de esperanza como la mejora de su inserción socio-laboral.

Tengo en la memoria a los profesionales sanitarios, mis compañeros, que ejercen su trabajo cada día con responsabilidad, dedicación y vocación, en uno de los sectores más sensibles de la sociedad, convirtiendo a nuestro sistema sanitario en referencia de calidad y atención; y también al personal docente y del resto de los servicios públicos, siempre merecedor de respeto y reconocimiento por una labor esencial. Para todos ellos, Apóstol Santiago, invoco tu protección.

De igual modo quiero tener presente en esta ofrenda a todas las personas que velan por nuestra seguridad y bienestar: a cuantos integran las fuerzas armadas españolas, los cuerpos y fuerzas de seguridad, a los servicios asistenciales y de emergencias o al voluntariado.

Pido acierto para quienes legislamos y para quienes asumen la responsabilidad de gobernar. Lo mismo para las personas que asuman esa responsabilidad en un futuro inmediato: que puedan hacerlo en la mejor concordia y sabiduría, procurando el bien común, mejorando las deficientes situaciones políticas, económicas y sociales. Y todo ello, desde una honradez y moralidad intachables.



Como presidente del Parlamento de Galicia, quiero reivindicar la política con mayúsculas, pero también rechazar con contundencia cualquier comportamiento indebido. Reclamo la política hecha por las personas y para las personas; la política que procure el entendimiento y se aleje de cualquier tentación excluyente o totalitaria.

Quiero, Señor Santiago, tener presente en esta ofrenda a Su Majestad El Rey Felipe VI y a su Familia, para los que pido tu protección, al tiempo que hacemos votos por un reinado fecundo, en el que la prosperidad llegue a todos los hogares.

El camino, como dice el Codex Calixtinus, unió en una tarea común a gentes que habitaban todos los climas del orbe. Gentes de todas las lenguas, tribus y naciones se aunaban en coros al pie de tu altar. Unos tocaban cítaras, otros liras, otros arpas o violines; y se oían voces en todos los idiomas. Pero colaboraban, compartían e hicieron grande el Camino porque se unieron manteniendo sus identidades para lograr un objetivo común mucho más grande. Os pido, querido Apóstol, que esa unión en el objetivo común y ese respeto a la diversidad, sean los que presidan el reinado de Felipe VI de España.

Intercede por todos nós, Apóstolo Santiago, para que, en palabras da Súa Maxestade o Rei, aprendamos a convivir, a entendernos e a respectarnos.

Quero lembrar nesta data as vítimas do accidente ferroviario de Angrois e as súas familias. Aquela traxedia que hai tres anos estendía o loito estará sempre presente, e tamén o agradecemento a todos os que colaboraron na atención ás vítimas e os seus familiares, procurando un consolo imposible de prestar por completo.

No ano no que conmemoramos o centenario da creación das Irmandades da Fala, na que participaron moitos galeguistas cristiáns, como o ourensán Losada Diéguez, fago votos para que a Igrexa galega –clero e laicos– en comunión coa Igrexa universal, manteña e acentúe a súa sensibilidade respecto ao idioma e a cultura que nos

identifican como pobo, participando activamente na tarefa común de defender, mellorar e estender ese legado inigualable.

Diríxome a ti, Apóstolo Santiago, na lingua que me ensinaron os meus pais e avós. A nosa lingua é un tesouro. A nosa lingua, máis ca sons, máis ca verbas, expresa un sentimento que forma parte de todos os galegos e galegas pero tamén daqueles que, sen nos comprenderen, sen nos entenderen, son quen de nos sentiren. É a lingua dun pobo forxado con madeira, pedra e ferro, pero tamén con versos, lenzos e ciceis; é a Galicia de Rosalía, de Murguía, de Valle Inclán e de Castelao.

A que seguiron a construír Otero Pedrayo, Risco, Cabanillas e Cunqueiro.

A Galicia que cimentaron Torrente Ballester, Camilo José Cela, Fraguas, Filgueira Valverde, Díaz Pardo, Carlos Casares ou Agustín Fernández Paz. A que pintaron Maruja Mallo, Lugrís, Granell, Seoane, Colmeiro, Puga, Laxeiro ou Xaime Quesada.

A terra que seguen a pintar Antón Lamazares, Pulido, Alexandro, Vidal Souto e Ángela Cruz, entre outros. A Galicia que retrataron Ramón Caamaño ou Chano Piñeiro.

A que esculpiu Asorey e seguen esculpindo Francisco Leiro, Manolo Paz, Ramón Conde, Buciños, Acisclo Manzano ou Arturo Baltar, por citar só algúns dunha relación moito máis extensa que non teño tempo a enumerar.

Fillas e fillos dun pobo chamado Galicia. A Galicia plural, aberta, espiritual, fermosa e agarimosa. A Galicia Universal.

Remato sumándome ao sentimento dos peregrinos que ao longo da historia teñen acudido ante o teu altar, tal e como di o romance:

*Grazas, meu señor Santiago,
aos vosos pés me tes xa.
[...] nesta santa catedral.*



Esta Santa, Apostólica e Metropolitana Igrexa Catedral agocha entre os seus piares unha parte da nosa historia, do que fomos, do que somos, do que construimos, do que compartimos e tamén do que soñamos. Pero tamén do que seremos, do que construiremos e do que compartiremos.

Ben sei, Apóstolo Santiago, que é moito o que pido e pouco o que somos quen de ofrecer. Pero, con boa vontade, e a túa axuda, todo é posible.

Que así sexa.



PARLAMENTO
DE GALICIA